

Conclusiones

El turismo multidesino, tendría un impacto positivo en la industria turística en general en la región, facilitando así su rentabilidad a largo plazo.

Para que tenga éxito se requiere de la disposición y el compromiso de crear un entorno propicio para su desarrollo, desde la perspectiva tanto del sector privado como del público.



tarahumara, ninguno. Yo no lo hubiera hecho, pero sí creo que se puede lograr un producto interesante. No sé si alguno de ustedes ha ido a Machu Picchu, si alguno de ustedes ha estado en los Orient Express, los trenes que tienen los peruanos. Hay otros conceptos. No digo que no se deba de hacer, lo que digo es que no debe ser la obra central de la infraestructura turística del país. O sea, creo que hay muchas otras cosas. Creo que hay que blindar, literalmente blindar, los destinos turísticos, a prueba de todo, y para eso la ciudadanía es lo ideal. En Los Cabos la experiencia fue muy positiva. Pero en Los Cabos, cualquier persona que pudiera tener una camarita la podía poner al servicio de un sistema de vigilancia y monitoreo permanente en ese lugar. Creo que hay que blindar los destinos, creo que hay que trabajar en otro tipo de infraestructura. Hay lugares como Huatulco que se han quedado en un sueño, en un letargo, y que podrían despertarse con más infraestructura. Sí me gusta, yo sí me voy a ir a dar una vuelta en el Tren Maya, pero no creo que sea la obra central de la infraestructura turística.

Fernando Martí: Por último, Paola Pérez te pregunta, ¿qué hubiera hecho usted con una crisis de sargazo como la actual, en su tiempo como secretario de Turismo?

Óscar Espinosa Villarreal: Yo soy de la idea de que hay que explorar usos racionales del sargazo. Yo sé que se está haciendo. No me disgusta nada el proyecto, que por cierto creo que promovió, entre otros, Daniel Chávez, o su familia, de recogerlo en alta mar y procesarlo, más o menos. Mi hijo, por ejemplo, conduce un proyecto para utilizar la biomasa sólida,



los huesos de mango, los huesos de aguacate, de aceituna, el aserrín de los aserraderos; todo eso se muele y se producen unos pequeños *pellets*, que son combustibles. Probablemente ahí tengamos una posibilidad de usarlo. Pero creo que hay que entrarle a una solución masiva que aproveche la existencia del sargazo. Pretender que no llegue, pues es imposible. Pretender que vas a enterrar todo aquí, pues también es imposible e inconveniente. Yo más bien buscaría la manera de utilizarlo productivamente.

Fernando Martí: Muy bien, Óscar, nos has proveído con una visión fresca, estimulante, y a la vez desafiante del turismo, de lo que Cancún debe tener en su futuro, de lo que Cancún debe hacer para no bajarse de la gran ola que nos va a llevar al futuro.

Óscar Espinosa Villarreal: Esta joya vale demasiado para descuidarla un céntimo. *(Aplausos)*



**Jorge
González
Durán**



**Óscar
Cadena**



**Pepe
Gómez**

Crónica del huracán Wilma (y del Gilberto)



**VERSIÓN
DIGITAL**



**VIDEO
YOUTUBE**

**CAN 50
CUM JU**

Conferencia sustentada
el 4 de febrero de 2020, en la
Biblioteca Nacional de la Crónica



Fernando Martí: Contestando una inquietud del público, quiero informarles que estamos haciendo un esfuerzo para que todas estas conferencias queden contenidas en un libro, y que ese libro vaya acompañado de un disco compacto o una USB, donde vengan las conferencias grabadas. La idea es que esto realmente se convierta en la historia viva de Cancún, que no se pierda, que se pueda resguardar, que lo podamos seguir viendo, consultando y disfrutando por muchos años.

Hoy vamos a iniciar con una mesa redonda de periodistas, con un tema que se llama *Crónica del huracán Wilma*. Durante muchos años, desde la fundación de Cancún, los creadores del proyecto hicieron estudios sobre huracanes. Llamaron al Centro Nacional de Huracanes en Miami, al Centro de Estudios Hidrológicos de la Universidad Autónoma de México, y llegaron a la peregrina conclusión de que en Cancún no podían pegar los huracanes. De hecho, lo publicaron. En algunos documentos dice, textual, Cancún es un paraje libre de huracanes. La semana pasada, en un programa en televisión, tuvimos la oportunidad de entrevistar a uno de los primeros topógrafos que llegó a Cancún, don Celso, quien nos decía que los estudios que ellos tenían en esa época eran concluyentes, que en Cancún no podían pegar los huracanes. Lo que nos pasó es que en 1988 nos pegó el llamado “huracán del siglo”, el Gilberto, considerado el mayor huracán del siglo XX. Y en el 2005 nos pegó Wilma, el huracán que ha establecido todos los récords de más baja presión en la historia, ochocientos ochenta y tantos milibares. Un huracán sumamente destructivo, un ojo diminuto muy violento, de dos kilómetros de diámetro, y además, se estacionó en Cancún durante 60 horas. Aquí descargó la energía equivalente a millones de toneladas de explosivos, casi todos fuimos testigos de los destrozos que hizo.

“ LLEGARON A LA CONCLUSIÓN
DE QUE EN CANCÚN NO PODÍAN
PEGAR LOS HURACANES...”

Por eso, esta tarde quise invitar a tres periodistas renombrados de Cancún, a que me acompañaran en esta mesa para compartirnos, primero, su experiencia personal; y después, lo que vivieron como periodistas y como comunicadores. Vamos a darle la bienvenida a Jorge González Durán (*aplausos*), a Óscar Cadena (*aplausos*), y a Pepe Gómez (*aplausos*). Aunque el tema es Wilma, he hablado con mis colegas y les he dicho que se vale hacer referencias al Gilberto, a la cultura de huracanes, y a todos los fenómenos ciclónicos que hemos tenido en el estado de Quintana Roo. Empecemos por aquel lado. Jorge, ¿a ti cómo te fue en el huracán Wilma?

Jorge González Durán: Me fue como a todos, o sea, no puedo decir que me fue bien y no puedo decir que me fue mal, porque aquí estamos para contar esa historia. Yo tenía curiosidad, no sólo como periodista, tenía una curiosidad humana de ver cómo venía el huracán. Y me fui a Punta Sam, allá, a comer a un restaurante que cerró a las tres de la tarde, o a las cuatro. Yo me quedé allá, con mi esposa y mi hijo, en un acto de suprema irresponsabilidad, a esperar, a ver que vinieran los primeros vientos. Quería yo ver los primeros vientos y no llegaban los primeros vientos, pero sí, el cielo se empezó a oscurecer, y al filo de las 5 de la tarde ya estaba todo oscuro. Entonces vi que ya era hora de regresar.

Nos regresamos a la casa. Yo vivo en la unidad Morelos, es una parte alta de la ciudad, donde rara vez se inunda. Entonces, agarré la López Portillo directo, y me fui a la casa a checar las provisiones que había tomado, como era normal. Yo tenía todo, no me preocupaba. Tenía suficiente agua, el tanque de gas estaba amarrado, tenía yo gas, tenía galletas, tenía café, tenía agua, tenía papel de baño, tenía una radio con pilas, tenía todo para aguantar. Todavía a las siete de la noche salí al parque. Estaba ya el viento leve, leve, estaba el viento leve pegándonos en la cara, los árboles moviéndose y la ciudad en silencio. Los vecinos, todos en sus casas. Todavía me puse a checar las ventanas, a ponerle *masking tape* a los cristales de las ventanas, y a probar la radio.

Todavía en ese momento había Internet. Estaba conectado, pero no sabíamos, yo no sabía, nadie sabía, la magnitud de lo que se venía. Yo decía, mañana temprano, como dice el Popol Vuh, va a amanecer bien, todo va a estar despejado. Me quedé en la sala de mi casa, con la curiosidad de ver qué pasaba. Me dormí, creo que en la madrugada y, cuando desperté, antes de que amaneciera, estaban las puertas abiertas de par en par. Se habían abierto, pero no entraba el viento. La posición de la casa hacía que el viento cruzara



Con el primer gobernador electo, don Chucho Martínez Ross.



de largo. Ahí me dijeron que había que abrir las puertas de atrás. Y abrí, mi casa estaba de par en par, para que cruzara el viento.

Las radios privadas, Radio Caribe, todas se fueron del aire. Afortunadamente, estaba Radio Ayuntamiento, esto fue una cosa maravillosa. Fue maravilloso porque al día siguiente, a las once de la mañana, mi hijo, pues no que tuviera miedo, pero estaba ya aburrido. Puse la radio y había canciones infantiles. Todavía a esa hora logré comunicarme con celular al ayuntamiento y le dije a Francisco Alor, logré comunicarme con él, y le dije, oye, que Radio Ayuntamiento siga transmitiendo música, que ya no dé ninguna información de cómo va el huracán, el huracán ya está aquí, ya no nos importa, que solamente dé música infantil, el problema son los niños, qué hacen, no pueden jugar. Atendió la petición y ahí estábamos, ahí los niños tenían música de Cri-Cri, música y todo eso.

Llegó otra vez la noche y seguía el huracán. La pasamos bien, la pasamos bien en cuanto a que no hubo desgracias que lamentar. De repente, yo veía una ventana de los vecinos que se abría, los vientos no cesaban, y así, como dice Fernando, 60 o 66 horas duró el huracán. Y no sabíamos qué pasaba.

“ ... LOS QUE NO ACEPTARON IRSE A LOS REFUGIOS, PUES QUE DIOS LOS BENDIGA...”

Recuerdo la primera noche, a través de la radio. Todavía estaba funcionando Radio Ayuntamiento y Radio Caribe. Radio Caribe se fue muy tarde, todavía aguantó. El Comité de Protección Civil emitía exhortos a las colonias populares, para que se fueran a los refugios. Creo que ahí, a la una o dos de la mañana, lanzaron un aviso: este es el último aviso que damos. Los que salieron de sus casas, salieron; los que se quedaron en sus casas y no aceptaron irse a los refugios, pues que Dios los bendiga, más o menos decían así, porque ya no vamos a recoger a nadie.



Con el alcalde Felipe Amaro y algunos colegas periodistas.

Ya se paró el servicio del ejército y de todas las fuerzas de llevar gente a los refugios. Ya no se podía, era un riesgo inclusive para esos vehículos. Así fue esa noche.

Fernando Martí: Esa es la escalofriante atmósfera que crea un huracán. Creo que Óscar Cadena tuvo una experiencia un poco más dramática que la de Jorge, ¿no es así?

Óscar Cadena: Con Wilma, sí. Pero yo quisiera empezar con Gilberto. Estaba yo en Televisa y vemos la mancha que venía sobre la península, era impresionante. Tuvimos una cita, le pedimos una cita a Emilio Azcárraga Milmo, y le mostramos todo lo que estaba sucediendo. Me dijo, ¿qué sugieres? Le dije, vámonos con Cruz Roja y con el ejército, a ver en qué podemos ayudar. Y en menos de 24 horas estábamos ya con casi 200 vehículos, tráileres, camionetas de Cruz Roja cargadas con víveres, y salimos.

El huracán ya estaba pegando. Iba muy rápido Gilberto, en ocho horas pasó por Cancún, y a nosotros nos tocó en Campeche. Tenemos escenas donde veníamos por Campeche con el agua hasta la mitad de la camioneta, inundada. Nos amarramos a tráileres y empezamos a ver los pueblos que pasamos por Campeche y Yucatán, cómo estaban dañados. Llegamos a Progreso, donde había pegado muy duro. Cuando llegamos a Mérida, hay una anécdota que siempre la platico, porque un compañero que estaba siendo anfitrión, un periodista de ahí de Mérida me dice, la torre de control del aeropuerto de Mérida se cayó. Pues ahí vamos, a ver el daño que hizo. Nos vamos acercando al aeropuerto y vemos la torre de control. Todavía le comento, ¿cómo que se cayó? ¡Sí ahí está! No, me dice, ¡se calló!, ya no habló. Era humor yucateco, en medio de la tragedia.

Llegamos a Cancún y ya cuando llegamos, encontramos a una mujer que hasta la fecha la quiero mucho y sigo siendo su amigo, después se volvió política. Encontré a Magaly Achach, organizando en las colonias a toda la gente. Ahí se pararon muchos camiones con provisiones, para poder ayudar a la gente que estaba ahí. Platicué con don Roberto Cintrón, en paz descanse, a la orilla del hotel que se estaba cayendo, el Flamingo, porque el mar había escarbado toda la parte de abajo.

Después nos pasamos a Playa del Carmen. Bueno, Puerto Morelos estaba destruido. Playa del Carmen era muy poco lo que había en ese entonces, en 1988. Cruzamos a Cozumel y vimos que también estaba bastante dañado. De ahí nos regresamos a México y entregamos el material para Guillermo Ochoa, para *Hoy mismo*, y en el primer avión que tuvimos la oportunidad me voy a Monterrey, a seguir a Gilberto. Me toca ver como estaba el río Santa Catarina, desbordado. Allá hubo muchos más muertos que en toda la península de Yucatán. Todavía no vivía yo en Cancún. Venía yo muy seguido y sí vi cómo se recuperó Cancún en aquel entonces, se recuperó todo. En la

siguiente participación hablaré de cómo me fue en el Wilma, que también es interesante contar.

Fernando Martí: Don Pepe Gómez...

Pepe Gómez: Vamos a hablar del huracán Gilberto. Yo vivía en Tabasco, y de Tabasco me fui a vivir a la Ciudad de México, para terminar mis estudios. Estando en la Ciudad de México —que con todo respeto no me adapté por el frío, mucha gente y tráfico—, estaba yo soltero en esa época, muy jovencito, no tenía hijos. Me dije, ¿a dónde me voy a vivir?, ¿a qué ciudad turística me voy? Tenía varias opciones: Acapulco, Miami, Río de Janeiro. Por ahí escuche, ¡Cancún! Y dije, pues me voy a Cancún. Recojo mis tres o cuatro cositas y me voy a Cancún, a ver. Si no me gusta, pues me voy a otro lado. Andas solo, no pasa nada, eres joven, tienes muchas oportunidades, tienes muchas ventajas.

Pues compro un boleto de autobús, de ADO precisamente, y vengo a Cancún. Bueno, son 24 horas de viaje. Yo ya quería estar en la playa, yo ya quería estar, a ver qué iba yo a hacer, y mi sorpresa a los dos días era que en Cancún venía un mega huracán. Yo no sabía, no tenía la capacidad de entender la magnitud de lo que era un huracán. Nos toca vivir el huracán, pero como estaba solo... obviamente, vi cómo quedó la ciudad, todo lo que pasó, los destrozos ahí en Puerto Juárez, los barcos, el barco cubano que encalló, pues toda esa historia. Pero pues estaba solo, así como que no tenía chiste, por decirlo. En la época del Gilberto vinieron otros huracanes.

La anécdota que más recuerdo es para el huracán Wilma. Para ese entonces, ya iniciamos el (periódico) Quequi, lo iniciamos en el año 2000 Y este fue en el 2005, ya teníamos cinco años con el Quequi. Entonces me fui al Quequi, precisamente a poner maderas. Ya había una cultura del huracán. Ya tenía yo una pareja, tenía una esposa, ya tenía yo mi primer hijo, nacido aquí

en Cancún. Y bueno, preparado, bien preparado como dice Jorge, con las despensas necesarias, baterías, todo, todo, todo, con una cultura ya de huracanes. Ahí empieza ya el tema del huracán, de repente. Seguimos trabajando en el Quequi, se viene acercando el fenómeno meteorológico, tomamos las previsiones, los trabajadores, las guardias, el periódico, guardando y desconectando todos los equipos, tratando de recibir el menor impacto posible en los equipos ahí instalados. Le digo a mi familia, me voy a quedar aquí, lo voy a pasar aquí, adentro del edificio. Aquí voy a pasar el huracán para estar pendiente de todo, con mi hermano, que también ya vivía aquí en Cancún.

“ NO ALCANZARON A LLEGAR A MÉRIDA Y ADIVINEN CÓMO SE LLAMA MI SOBRINO: ¡WILMO!

Por X o por Y decido irme a mi casa. Yo vivía antes atrás de Costco, y ya empezaron a apretar los vientos, los fuertes vientos del huracán Wilma. Y un familiar, un familiar muy cercano nuestro, su esposa estaba embarazada. El huracán prácticamente ya lo teníamos encima. En el vehículo que ellos tenían no podían salir de la ciudad, lo más seguro es que se iban a quedar inundados en algún lado de la carretera. Así que les doy mi camioneta, yo tenía una Ford, una Expedition, que se la llevaran, que se fueran a Mérida, porque la señora ya estaba a horas de dar a luz. Efectivamente eso hicieron, se llevaron la camioneta, no alcanzaron a llegar a Mérida y adivinen cómo se llama mi sobrino. ¡Wilmo! Jamás se me va a olvidar. Yo no sé si en Cancún o en Quintana Roo haya alguien que lleve ese nombre. Se llama Wilmo. Entonces, la historia del huracán la vivimos todos los días, porque cuando Wilmo llega a la casa, Wilmo esto, Wilmo aquello, cómo estás





Wilmo, ¡imagínense! Es una bonita anécdota que gracias a Dios la puedo contar. A mí sí me fue bien en el huracán, pero eso seguirá en la siguiente intervención.

Fernando Martí: Los huracanes siempre están llenos de historias y de anécdotas significativas, porque son fenómenos muy intensos, que te ponen contra la pared, que te enfrentan a tu realidad, cómo me voy a proteger, cómo voy a proteger a los míos, y a sobrevivir a esta cosa. Hay gente que se asusta mucho, aunque es verdad que Cancún probablemente tiene la mejor cultura de huracanes de todo el país, ¿no? Jorge, algo que recuerdes que defina el fenómeno.

Jorge González Durán: En Cancún, a diferencia de lo que mucha gente dice, hay muchos parques. Que están abandonados, que están enmontados, esa es otra cosa, pero hay zonas en la ciudad donde hay muchos parques. Yo vivo en la Unidad Morelos, y en la Unidad Morelos hay parques. Frente a mi casa hay uno, un área verde, lo que llaman un área desmontada. Los vecinos nos organizamos, hicimos el parque, pusimos las bancas, en fin, y le damos mantenimiento ocasional. Porque la mayor parte de los que vivíamos alrededor de ese parque, es una coincidencia, teníamos hijos pequeños de cinco, seis, siete años. Entonces, ahí van a jugar, o iban.

Cuando vino Wilma pasó lo que ya sabemos, ¿no?, la devastación. Entonces, al tercer día, al cuarto día de que pasó el

huracán, no había escuelas y pasó algo maravilloso, los niños salieron al parque. ¿Convocados por quién? Los niños se convocan por sí solos cuando van a jugar. De repente ahí estaban veinte, veinticinco niños, que se organizaron para hacer lo que humanamente ellos podían hacer. Empezaron a juntar las ramas, a hacer espacios para que pudieran jugar. Fuimos los padres y nos dijeron, traigan bolsas, y ellos empezaron a meter las ramas, las hojas, la basura en las bolsas, para hacer un espacio para que pudieran jugar. Esta hazaña de los niños se dio en varios parques de allá. No soy testigo, porque yo no fui a otros parques, pero ahí pasó en tres parques cuando menos. Yo veía lleno de niños, que salieron a recuperar sus parques y a limpiarlos.

Esto me recordó una novela de Marcel Schwob que les recomiendo, que se llama *La cruzada de los niños*. Ahí estaban los niños, con la vigilancia de algunos padres, de algunos adultos, jugando y recogiendo basura. Yo digo, como los niños, en Cancún todos eran niños, por ese espíritu de participación, de solidaridad, de hacer algo. Creo que esto que hicieron los niños en Cancún merece la pena ser contado, de limpiar sus parques de las colonias.

Óscar Cadena: También, se me olvidaba, con Gilberto conocí a alguien que estaba sacando cadáveres de un barco pesquero volteado. Era el capitán Hurtado, su hijo es Tomy Hurtado, el director de Bomberos. Y sí, nos impresionamos. Yo nunca había visto personas ahogadas que tenían que sacar, eso fue una tragedia. Nos vamos a Wilma.

Estábamos el jueves de Wilma transmitiendo *Cancunámonos* y teníamos contacto con Michael Rosengaus, que era el director del Centro Meteorológico Nacional. Michael Rosengaus nos estaba asesorando constantemente, desde huracanes anteriores que se habían presentado, lo consultábamos vía telefónica. Nos dijo en el programa, que empezaba a las nueve de la noche, prepárense, porque lo que van a vivir no va a ser fácil. Nosotros decíamos, va a ser un huracán que va a pasar, no hay problema. Nos decía, va muy lento, va muy lento, y no sabemos qué suceda, no es predecible. Y pues sí, avisamos al auditorio que nos íbamos a enfrentar a algo muy diferente y muy especial, que no había sucedido antes.

Salimos Arturo (Medina) y yo a las diez de la noche de ese jueves y no había nadie en la calle. De TvCun a casa de ustedes



PÁGINA IZQUIERDA:

Comiendo elotes con el alcalde Joaquín González Castro.

Con el gobernador Miguel Borge en la emergencia del Gilberto.

ESTA PÁGINA:

Óscar Cadena reportando, una escena habitual en las pantallas de la televisión mexicana.

no me encontré ni un auto, ni un amigo, ni una persona caminando en las calles. Entré a mi casa y yo dije, qué raro se siente esto, no me gusta para nada. Pero me preparé bien, maderas en las ventanas y eso. Y empezó el huracán.

Yo tenía un domo, tenía una fractura muy chiquita, y de repente, empieza a levantarse el domo. Vamos a tratar de apretarlo, nos fue imposible, el domo se levanta y las maderas que teníamos se empiezan a pandear, y eran ventanales grandes. Esa era la sala y el comedor. Dijimos, pues vamos a abrirlo. Abrimos y se voló todo lo que teníamos adentro, sala y comedor. Ya nos pasamos para el resto de la casa, con mis padres. Yo los quité de la súper-manzana 17, y los llevé a mi casa, porque era segura. Yo vivo en el Campestre, los quité de la 17, repito, vénganse conmigo. Mis hermanas, mis sobrinas, que estaban de vacaciones, vénganse a mi casa, tráiganse sus coches. Nunca lo hubiera hecho, se inundó, perdieron sus coches, yo también los perdí. Estuvimos 60 horas, se nos fue la luz, nos quedamos sin teléfono. Agarraba yo con una lamparita, y con el celular, y salía a grabar con casco, con botas y todo eso, en el momento que aflojaba tantito. Me quedaba sorprendido lo que había hecho afuera de mi casa el huracán, ya no lo que estaba haciendo adentro.

Llega un momento en donde termina, es domingo. Nosotros hacíamos el programa los domingos, *EncadenaTV*, en TvCun. Salí de casa de ustedes con el agua a la cintura, los postes caídos, y yo dije, qué peligroso por los cables. No, pues no tenían corriente, obviamente, si ya estaban caídos, cortaron la electricidad. Ahí fue donde cometo un error grandísimo. Salí con mi mochila, con una botellita de agua, metí mi celular... pero no lo metí en una bolsita de plástico, y para pasar los cables de un poste, me eche un submarinito. Mi *blackberry*... ¡valió madres! Me di cuenta cuando salgo, ¿qué sucedió?, ¿qué acabo de hacer?

Afortunadamente pasa un vecino en una camioneta *pick up* y me da un aventón hasta TvCun. De donde vivo, que es el Campestre, hasta TvCun, fui viendo lo que había hecho. Cuando llegas a la Bonampak, tenías que buscar por dónde pasar, no podíamos pasar por ningún lugar. Y así como contaste cosas buenas, querido Jorge... ¡el saqueo! El saqueo, los robos, los ladrones desgraciados, y no era gente humilde. Era gente en camionetas muy importantes, no muy importantes, no, nuevas, muy bonitas, eran los ricos robando. El saqueo fue lo que me molestó, la impotencia de cómo poder pararlo, porque era vergonzoso lo que yo estaba viendo, no daba crédito. Yo nunca había visto un saqueo. Ahora es muy común que se volteé un camión y lo saquean. De verdad, ojalá hubiera un castigo. Nosotros después fuimos grabando y fuimos sacando a todos los

que saqueaban, para ventanearlos, para ver si les daba pena lo que habían hecho.

Después empezamos a volar con los helicópteros de la Comisión Federal de Electricidad y fuimos viendo por dónde pasó Wilma. O sea, se veía en la selva. Había una gran diferencia, por donde había pasado no había nada. Volteaba uno para allá y estaba la selva. Los postes, obviamente, se cae uno y se caen todos. Así fuimos viendo como estaban los poblados, después les platico lo que más me agrado de eso.

Pepe Gómez: Cuando tuvimos la oportunidad de salir, ya estaba desesperado por irme al Quequi, a ver qué daños había ocasionado el huracán. Junto con algunos de mis colaboradores, mi familia, les dije, pues vamos al edificio a ver qué pasó. Ya entramos y sí, la parte del techo era de lámina, lo había arrancado, obviamente. Pero yo no había dimensionado la fuerza del huracán hasta que llegué donde está la maquinaria, donde está la rotativa. Donde está la rotativa había dos cortinas muy grandes. Son cortinas de acero. De hecho, se levantan con unos winches automáticos, porque son muy pesadas, pesan toneladas esas cortinas.

Yo sí vi, obviamente, toda la Bonampak: los postes, los árboles, los barcos, etcétera. Pero no había dimensionado la fuerza, la fuerza brutal de un huracán, hasta que llegué al área donde estaban las rotativas, donde descargamos el papel, las bobinas de papel. Las arrancó como si fueran eso, como si fueran papel. ¿Dónde quedaron? Jamás supimos dónde quedaron, dónde cayeron, a quién habrán lastimado, o qué habrán destrozado.

Nos dimos a la tarea de buscar alrededor, qué había pasado con esas cortinas de acero, pesan toneladas, ¡toneladas! Ahí



Reportando un naufragio en las playas de Progreso.



pega el tráiler, pega, baja, descargas, y con los winches tienes que subir y bajar esas cortinas. Ahí dimensioné la fuerza de los casi 300 kilómetros por hora que traía el huracán. Y sí, obviamente, teníamos agua en la rotativa, teníamos unos rollos ahí que no se habían mojado, otros los habíamos perdido. Y computadoras, y ventanas, etcétera.

“
”

**... PESAN TONELADAS
ESAS CORTINAS, PERO LAS
ARRANCÓ COMO SI FUERAN
HOJAS DE PAPEL.**

Nos dimos a la tarea de ponernos a trabajar, ver qué sí servía y qué no servía. La idea era ganarles el parpadeo a los otros periódicos, cuando menos salir con ocho paginitas, entre nosotros salir a regalar o repartir el periódico, con lo que se pudiera. No es como ahora, que la fotografía lo pasas directo a la computadora. Antes tenías que ir al revelado y cosas de este tipo. A como pudimos, ya cuando tuvimos energía eléctrica, que fue a los muy pocos días —realmente la Comisión Federal hizo un excelente trabajo, el Gobierno federal hizo un excelente trabajo—, limpiamos con agua dulce, con agua potable. Limpiamos la rotativa, limpiamos la maquinaria, la echamos a andar y no tuvimos problema en la rotativa. Dos, tres computadoras que sí servían —algunas se habían dañado—, y logramos imprimir algunos ejemplares.

Obviamente, no había circulación de autos, era imposible. Pero sí lográbamos sacar al mercado algunos ejemplares, y eso fue de gran satisfacción, como equipo de trabajo, porque

nos pusimos de acuerdo, y la verdad es que logramos nuestro objetivo. Fue muy importante el ver a nuestro personal colaborando, todos limpiando su área de trabajo, ayudando a los vecinos que teníamos alrededor. Lo más preocupante para nosotros era dónde habían caído esas cortinas, o a quién habían dañado, antes de que llegaran a nuestras oficinas con un reclamo o algo así. Nosotros queríamos responder a ese daño causado. La verdad es que nunca las encontramos. De hecho, en el periódico pusimos una leyenda, que si alguien había visto este tipo de material, que viniera con nosotros para responder al daño causado. Pero no, nunca nadie reportó nada. Hablamos con la gente de Protección Civil, nunca tuvimos una respuesta al respecto.

El periódico lo pudimos sacar al mercado, nos dio muchísimo gusto en esa ocasión, cómo nos unimos. Obviamente, era regalado. A la gente había que darle de comer, teníamos que darles de comer, y todo ese tipo de trabajo. Recuerdo perfectamente que el restaurante más cercano donde comimos era Checándole. Checándole tenía comida caliente, entonces trabajábamos, hacíamos guardias, y nos íbamos a comer a Checándole. En la parte de la banqueta te servían, ahí tomabas los alimentos. Es una anécdota muy bonita de lo que nos pasó. En mi tercera intervención les voy a decir por qué sí me fue bien con Wilma.

Fernando Martí: El huracán es una historia de toda la ciudad, pero se compone de miles de anécdotas personales. Estoy seguro que las historias que han platicado nuestros invitados son similares a las que tiene cada uno de nosotros, cada uno de ustedes tendrá su versión de los hechos. Hay una cosa significativa

que quiero destacar, ya lo mencionó Jorge González Durán, y es cómo la gente de Cancún, después de Wilma, salió a rescatar su ciudad. No se esperaron a que vieran las autoridades, nadie les dijo que tenían que limpiar las banquetas, recoger las láminas caídas, quitar los árboles, vaciar las alcantarillas. La gente realmente salió de manera colectiva, desinteresada, solidaria. Creo que por eso Cancún debería ser declarada ciudad heroica, por sus habitantes, que además lograron la hazaña de que en pocas semanas, en algunos casos en pocos días, la ciudad estuviera funcionando nuevamente.

**Una entrevista
en las ruinas del
hotel Flamingo.**



Jorge González Durán: Sí, es cierto todo eso. Es importante la reconstrucción de la infraestructura hotelera. Fue muy importante el trabajo de la Comisión Federal de Electricidad, del agua potable, de servicios públicos municipales. Esos cumplieron con eficacia su responsabilidad. Los hoteleros cobraron los seguros, los metieron a la reconstrucción de la infraestructura hotelera. Pero a mi juicio, fue más importante la reconstrucción que hicieron miles de personas de sus modestas viviendas, en las colonias. No tenían nada. Yo los veía subir unas láminas de cartón, conseguirlas. A veces el ayuntamiento donó, regaló láminas de cartón.

Entonces, iba la gente a clavar, a reconstruir sus cuartos tirados por el huracán, moviendo la basura, sacándola. Pasaban los camiones, también hay que destacar eso, pasaban los camiones a recoger la basura. Pero los vecinos, creo que es más meritoria la labor...no más meritoria, no vamos a poner qué fue más o qué fue menos, pero hay que destacar el esfuerzo que hicieron estas personas humildes, miles de ellas, para reconstruir su modesta vivienda. Ese es un capítulo muy importante, en el que los vecinos se ayudaban también. Los vecinos iban a clavar una ventana, una pared, en fin, se dio esta solidaridad. Y durante los días posteriores, ustedes lo saben, los vecinos se organizaron, hubo vigilancia en muchas colonias, en muchas calles, para cuidarse de los presuntos rateros, ¿no? Hacían fogatas y la gente salía en las noches, a turnarse, a vigilar. Entonces se dio ese espíritu de solidaridad, pues que debe revivir. Ese espíritu de solidaridad, que se expresa en momentos de crisis, debe ser parte de nuestro espíritu y de nuestra conducta cotidiana.

Fernando Martí: Es correcto. Yo tengo una anécdota que me gustaría relatar aquí, nunca la he contado en público. Uno de los fundadores de Cancún me llamó por teléfono a los dos o tres

días del huracán y me dijo, oiga, Fernando, yo quiero solidarizarme con Cancún y quiero mandar un donativo para la gente. Mándeselo a la Cruz Roja, le dije. No, no, no, yo quiero mandárselo a usted, me dijo. Oiga, yo no tengo manera de repartirlo. No, no, yo quiero mandárselo a usted y quiero que usted me ayude a repartirlo, para que realmente le llegue a la gente. Como yo sabía que él era un hombre con una posición desahogada, pero no era un hombre rico, me sorprendió la cantidad. En aquella época me mandó un millón de pesos, los depositó así nomás. Le fui a preguntar al director de la Cruz Roja, qué hacemos con esto. Me dijo, lo que necesitamos son cobertores y suéteres porque se viene el frío, la gente no tiene nada, perdió todo. Entonces me fui con mi mujer a Chiconcuac, y compramos un camión entero de suéteres. Y también compramos tanques de gas y utensilios de cocina. Los repartíamos por las noches, de familia en familia, como él quería, fue un gesto muy solidario. Ahora quiero revelar el nombre, que nunca lo he hecho, de ese benefactor anónimo de Cancún. Él no quiso que su nombre se diera a conocer en ese momento. Cuando yo escribí la anécdota sin el nombre, muchos creyeron que se trataba de otra persona. En realidad, fue don Ernesto Fernández Hurtado.



QUIERO REVELAR EL NOMBRE DE ESE BENEFACTOR ANÓNIMO: ERA DON ERNESTO FERNÁNDEZ HURTADO.

Él ya murió, pero a mí me gustaría rendirle este pequeño homenaje, que se suma a muchos otros homenajes que habría que rendirle a cierta gente. Por ejemplo, un restaurantero me llamó también y me dijo, ayúdame a repartir langosta. Cómo langosta, le dije. Sí, tengo tres toneladas de langosta en mis bodegas, que





se me van echar a perder por falta de electricidad, quiero regalárselas a la gente. Bueno, pues ahí estamos, repartiendo langosta. Lo significativo de ese gesto, después me enteré, es que si él hubiera dejado que se echara a perder la langosta, hubiera cobrado el seguro. Lo repartió para que la gente pudiera comer y perdió la cobertura del seguro. Una actitud ejemplar.

Óscar Cadena: Recordarán que les dije que a mis padres los saqué de la 17. No pudimos salir de mi casa durante varios días, nos la pasamos sin luz, sin comunicaciones, sin teléfono ni nada. Cuando pudimos salir, nos dimos cuenta que en su casa había luz, agua, teléfono, no había pasado nada. Me decían, para qué nos fuimos a tu casa, cabrón. Pero bueno, ya había sucedido. Me dio mucha pena con mis padres, en paz descansen, los dos ya murieron aquí en Cancún, y les tengo muchos recuerdos.

Algo que sucedió, que sí estoy de acuerdo, fue la solidaridad. Extraño la solidaridad, extraño la empatía de la gente, extraño el que queramos a Cancún y hablemos bien de Cancún, extraño muchísimas cosas de eso que vivimos, donde la gente era amable, cómo nos ayudamos todos, cómo salimos adelante, como gente que participaba y se sumaba. Desgraciadamente, ahora veo que estamos viviendo un huracán, un huracán más fuerte que Wilma y que Gilberto, una desunión en donde no estamos saliendo adelante.

Yo estoy haciendo una campaña y lo estoy diciendo a cada rato, que si no estamos unidos, estamos jodidos. Creo que sencillamente es eso. Algo nos está sucediendo como ciudadanos, en donde no estamos trabajando para una ciudad, no hablamos bien de Quintana Roo, no hablamos bien de México, no hablamos bien de Cancún. Parece que estamos peleados entre todos nosotros, parece que esta es la torre de Babel. No nos damos cuenta, pero sí es un huracán que nos está pegando, y muy fuerte. Tiene que haber un cambio. No sé qué tiene que sacudirnos,

no sé qué tiene que pasar. He visto solidaridad en un terremoto en México, he visto solidaridad en los huracanes que hemos vivido, y actualmente veo una desunión, una falta de amabilidad, de querencia por nuestro lugar y por quererlo rescatar. Nos invitaste a hablar de huracanes y yo sí me quedo con este huracán. No me gusta lo que está pasando porque no estoy encontrando la salida. Y la salida la tenemos todos en nuestras manos.



... LO ESTOY DICRIENDO A CADA RATO: SI NO ESTAMOS UNIDOS, ESTAMOS JODIDOS...

Quiero aprovechar para dejarles una tarea: hay que hacer lo imposible para pasar a mejor vida en vida, porque después ya no va a tener caso. Cancún vale la pena, por eso vivimos acá, porque es un paraíso. Estamos dejando que el paraíso se nos vaya de las manos. Veo mucha gente que se ha preocupado por Cancún en diferentes términos, gente que ha luchado por Cancún en muchos frentes, gente que quiere a Cancún y lo ha defendido, y gente que pelea por Cancún. Se los dejo de tarea. *(Aplausos)*

Pepe Gómez: Me invitó Fernando a este panel y le dije, Fer, déjame ver, tengo unos compromisos en mi agenda, pero déjame ver si los puedo mover, déjame intentarlo, cambiar las citas. Porque hoy... ¡cumpló 30 años de casado! No pude cambiar esa cita, pero aquí estamos hoy, con mi esposa, fuimos a comer con mis hijos. Hablando del por qué sí me fue bien después del huracán Wilma, ya tenía yo aproximadamente tres años haciendo eventos boxísticos, haciendo peleas de box, aquí en Cancún. Después del huracán Wilma, empiezo a recorrer la ciudad, ya que se podía pasar a la zona hotelera, primero los militares no dejaban pasar. Empiezo a hacer un levantamiento de qué sí funcionaba y qué no funcionaba. No podía permitir de quedarme con los brazos cruzados, sin hacer nada para nuestra ciudad.

Después de haber hecho ese levantamiento, me habré llevado unos 30 días —qué hotel sí funcionaba, cuántas habitaciones tenía, cuáles eran las primeras aerolíneas que iban



EXTREMO IZQUIERDO:
El hombre de los tirantes haciendo lo que más le gustaba.

CENTRO Y DERECHA:
El promotor boxístico Pepe Gómez y su notable medio de comunicación.

a llegar a Cancún, etcétera—, entonces me fui a la Ciudad de México a ver qué hacía, a ver qué evento hacía en Cancún, para decirle al mundo que Cancún estaba de pie. Me llevé a un muchachito a presentar a la Ciudad de México, a una conferencia de prensa, un boxeador, Adolfo *Rudy* López. Esa tarde que llegué a México salí a caminar, ahí sobre Polanco. Había un restaurante que se llamaba Mi Viejo, un restaurante argentino. Mi gran suerte fue que en ese restaurante —eran entre cinco y seis de la tarde—, encontré a un personaje que fue clave en mi vida.

Había escuchado hablar de él. Siempre que hacía yo una pelea —eran peleas pequeñas, obviamente—, siempre tenía la delicadeza de mandar a la oficina de la Ciudad de México, del Consejo Mundial de Boxeo, información de lo que había sucedido en la función de box en Cancún. Las hacía en el sindicato de taxistas, o en el Kuchil Baxal. Pero no tenía el gusto de conocer a don José Sulaimán, el presidente del Consejo Mundial de Boxeo.



**FUE EL PRIMER EVENTO
INTERNACIONAL QUE TUVO
CANCÚN DESPUÉS DEL
HURACÁN WILMA.**

Ahí es donde empieza la historia, es ahí donde conozco a don José Sulaimán. Me acerco —había terminado una reunión—, no fui impertinente en el momento, me presento ante él, y le platico lo que yo estaba haciendo en Cancún con el boxeo. Él me dice, oye, pero Cancún está destruido, ¿verdad? Le digo, ya no. Pero todavía no hay luz, dice. No, ya hay energía eléctrica, y este hotel está abierto, era uno de los primeros Riu, y tiene tantas habitaciones, y estas son las aerolíneas que ya están llegando, y esta semana ya van a llegar otras, y así sucesivamente. Le entregué un reporte muy completo a don José Sulaimán.

Por cierto, le digo, voy a dar una rueda de prensa el día de mañana, a las cinco de la tarde, aquí a la vuelta, en el hotel JW Marriot, me gustaría que usted estuviera presente. Me dijo, déjame revisar mi agenda. Además, había un evento político ahí en la Ciudad de México, y coincidía que a esas horas, tanto el presidente municipal como el gobernador ese espacio lo tenían libre, y pues los invité a la conferencia de prensa. Le digo a don José que iban a estar ahí el gobernador y el presidente municipal de Cancún, y que valdría la pena que entre todos hiciéramos un trabajo para decirle al mundo que Cancún estaba de pie. En ese momento don José me dice, comunícame con el gobernador para confirmar su asistencia, y hagamos una mesa de trabajo, y a ver qué se nos ocurre hacer por Cancún. Efectivamente, nos comunicamos en ese momento.

Al día siguiente don José asistió a la rueda de prensa del boxeador que yo llevaba, obviamente era una nube de reporteros. Ahí



Con el ídolo de las trompadas, Julio César Chávez.

se propone que íbamos a hacer un magno evento para Cancún, llamado *Night of the champions*, para traer cien campeones del mundo de todas las épocas, aquí en Cancún, con prensa de todo el mundo. Así se comprometía el Consejo Mundial de Boxeo a juntar a todos estos campeones. Lo hicimos, trajimos a cien campeones del mundo. Recuerdo muy bien unas palabras de don José ya estando aquí en Cancún, a unos días del evento, era un domingo. Me dice, quiero que tú vayas a buscar personalmente a esta persona. Voy a buscar a esta persona, me dan el nombre, era un americano de avanzada edad, alto, y le pregunto al secretario de don José, ¿quién es esta persona? Me dice, él le quitó el título mundial a Muhammad Alí, y está aquí con nosotros.

Así, sucesivamente, llegó Julio César Chávez, el *Macho* Camacho, Óscar de la Hoya. Empezaron a llegar todos los grandes nombres del boxeo del mundo, para unirnos todos y decirle al mundo que Cancún estaba de pie. Toda la prensa internacional, también la teníamos aquí en Cancún, y la prensa nacional. Fue uno de los primeros eventos, fue el primer evento internacional que tuvo Cancún después del huracán Wilma. A partir de ahí, Cancún se convirtió en el centro internacional del boxeo mundial, después de Las Vegas y de Nueva York. Eso fue lo que hicimos. *(Aplausos)*

Fernando Martí: Podríamos seguir horas aquí, especialmente tratándose de periodistas, que les gusta mucho preguntar, pero también les gusta mucho platicar. Les agradezco mucho a Jorge González Durán, a Óscar Cadena y a Pepe Gómez. En mi escuela de periodismo, tenía un maestro que decía que las crónicas, para que sean buenas, tienen que ser breves y sustanciosas. Ésta decididamente fue sustanciosa, y vamos a dejarla así de breve. *(Aplausos)*